

Mujeres que mueven el mundo

Entrevistas
a las voces de la
actualidad:
Ana Falú



unc | género

Autoridades de la Universidad Nacional de Córdoba

Rector

Mgtr. Jhon Boretto

Vicerrectora

Mgtr. Mariela Marchisio

Secretario General

Ing. Daniel Lago

Unidad Central de Políticas de Género

Ab. Romina Scocozza

Revista N° 7:

Mujeres que Mueven el Mundo – Ana Falú

Diseño:

Unidad Central de Comunicación Institucional UNC

Mayo 2025





“Sólo desde el análisis y la mirada política podemos entender estos cuerpos de mujeres como cuerpos políticos, y estas voces colectivas como voces políticas que buscan la transformación de la sociedad”

Ana Falú ¹

Entrevista extraída del programa **Mujeres que mueven el mundo**, emitido en noviembre de 2017:

https://www.youtube.com/watch?v=_GlJG-aqhsg

¹ - Arquitecta egresada de la Universidad Nacional de Tucumán, profesora, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Referente del estudio e investigación por el derecho de las mujeres a la ciudad. Cofundadora de la organización cordobesa CISCOSA, de la Red Mujer y Hábitat de América Latina, y del Programa Interdisciplinario de Estudios de Mujer y Género de la Universidad Nacional de Córdoba. Al momento de la entrevista se desempeñaba como Directora del Instituto de Investigaciones de Vivienda y Hábitat (INVIHAB) de la Universidad Nacional de Córdoba.

Candelaria Sajana: Hola Ana, contanos un poco dónde naciste y cómo está compuesta tu familia.

Ana Falú: Yo soy tucumana de origen. A esta altura ya no sé de dónde soy, ni a donde voy [risas]. He nacido en Tucumán, he pasado mi infancia y me he educado en Tucumán. Me fui a los veintipocos en 1976, un año determinante para la vida política y para la vida de los argentinos y las argentinas. Nací en una familia numerosa, de tradición árabe, muy preciosa. Muy de la contención, del cariño, de las reuniones familiares, de las comidas, del disfrute. Mucho de lúdico en mi familia. Y siempre rodeada de primos, de tíos. Vivíamos en un barrio de clase media, cerca de la Universidad. Teníamos no sé cuántos amigos y amigas, jugábamos en la calle. Me acuerdo de las rondas, pasaba un auto cada muerte de obispo. Una infancia, qué te diría, preciosa.

C.S.: ¿Cómo era la relación, el vínculo, con tu madre, durante tu infancia y tu vida?

A.F.: Me llevé bien con mi madre, tuvimos un vínculo precioso. La perdí el año pasado y la extraño horrorosamente. Porque ella murió de más de 99 años, casi 100, lúcida, muy lúcida. Entonces, la llamaba por teléfono noche de por medio, iba a Tucumán todo lo que podía y hablábamos mucho. Compartíamos, teníamos complicidades. Por supuesto que en la etapa de la adolescencia, en mi enamoramiento absoluto de mi padre, como corresponde, yo decía “qué hace mi papá, tan inteligente, con esta señora tan tonta”. Pero “esta señora tan tonta”, cuando secuestraron a mi hermano, salió a reclamar por la vida de mi hermano Lucho.

Y cuando murió mi padre de pura tristeza en Tucumán, ella se subió a un avión para avisarnos que mi padre había muerto. Porque entendía que no nos podía decir eso por teléfono. Algo que para nosotros era tan fuerte.

Éramos una familia muy unida, con vínculos muy fuertes, muy potentes. Vínculos artísticos, culturales, políticos, intelectuales. De mucha vida.

Mi casa era una casa de puertas abiertas. En Tucumán la casa de mis padres se cerró por primera vez con llave después de que el Teniente Coronel Moqui, en el año 1971, entró a la casa de mis padres. Era una casa de dos pisos, muy moderna, iban los estudiantes de arquitectura a visitarla. (El Teniente) entró al primer piso, a la habitación de mis padres a punta de pistola, buscando a mi marido y a mí. Ahí fue preso mi primer marido.

Pero esa era mi casa, no había llave en la puerta. Hasta el momento en que empezaron los tiempos duros, entraba, salía gente, éramos muchos hijos, siempre había una guitarreada, la vida social, la vida política.

Si algo está en mi memoria es eso.

C.S.: Contame un poco cómo fue tu trayectoria educativa y cómo fue que decidiste elegir la arquitectura como tu profesión.

A.F.: Mi educación, un lujo: la educación pública. Fui a la escuela Sarmiento, que es la escuela de la Universidad Nacional de Tucumán, como si fuera acá el Monserrat o el Manuel Belgrano. Y tuve un lujo de educación, éramos 14 o 15 chicas por aula. Con profesores de la Universidad Nacional de Tucumán, con filosofía que la dictaba el profesor Néstor Grau; un privilegio. Después entré a la universidad. En mi



familia ir a la universidad era lo natural, a nadie se le ocurría que no iba a estudiar. Pero yo dudé mucho en cuanto a la carrera. Mi padre quería que fuera abogada, porque él era abogado, y me decía: “vos tenés condiciones”. Creo que tenía razón. Pero viste que uno siempre anda en sus búsquedas y yo me anoté en dos carreras en simultáneo: en Trabajo Social (que así se llamaba en Tucumán), y en Arquitectura. Las cursé casi en simultáneo el primer año de facultad, después no pude. Creo que siempre estuvo el tema de lo social presente en mí. Y venía desde la escuela secundaria, de haber sido muy activista en el Centro de Estudiantes. Ahí empezó mi vida de estudiante, de universitaria, de activista política, de militante.

C.S.: ¿Cómo fue que decidiste relacionar una carrera que está más ligada a las ciencias duras, como arquitectura, con lo que es la perspectiva de género y el trabajo de campo?

A.F.: Arquitectura, si bien está vinculada a las ciencias duras, al cálculo matemático, al proyecto arquitectónico, a la proporción, la dimensión, etcétera; tiene -en la formación que tenemos como arquitectos- una base de los social, histórico y cultural muy importante.

Yo fui ayudante estudiantil, después del primer año de arquitectura. Me gané una ayudantía, que en esa época eran pagas, en una materia que se llamaba Integración Cultural, donde estudiábamos el contexto de lo social, de lo político, así como se estudia en Historia de la Arquitectura. Vos no podés mirar la arquitectura como si cada edificio fuera un aparato que cae en un territorio. Si hay un territorio, hay relaciones sociales. En primer lugar esto estaba en nuestra formación, y en segundo lugar, en los años '70, cuando yo estaba en la Facultad, estaba en auge el debate sobre la vivienda social, y esa era la gran preocupación de un estudiantado que era muy politizado. Si no militabas o no tenías una sensibilidad política eras un bicho verde, no eras bien visto.

C.S.: ¿Cómo fue ser mujer, madre, en el exilio?

A.F.: Fue muy difícil, por suerte era muy joven. Muy difícil porque, primero, el exilio fue difícil. Es una situación no elegida, forzada. Y yo tuve muchos años de exilio -primero estuve en Buenos Aires, luego en Brasil, luego en Holanda. Porque con el Plan Cóndor nos tuvimos que ir de Brasil; creo que nunca sentí un desarraigo más profundo que cuando me fui de Brasil a Holanda. No quería ir a Europa, me quería quedar en América Latina. Pero peligraban nuestras vidas, estábamos con dos hijos chiquititos. Nos tuvimos que ir.

Cada una de esas etapas fueron desgarramientos muy profundos, de volver a enfrentar algo desconocido, algo nuevo. A reinventarnos la vida. El exilio fue durísimo, además, porque tenía dos hijos muy chiquititos.

Pero siempre digo que tuve compañeros maravillosos al lado mío. Porque nada de todo lo que pude construir de mí misma lo podría haber hecho sin esos hombres maravillosos. Más allá de que había prácticas machistas, y nadie lo va a negar. ¡Pero eran compañeros con un compromiso! Podía estudiar y trabajar porque el papá de mis hijos se quedaba con los chicos. Porque en Holanda no hay empleada doméstica, no existe. Eran las redes y eran las solidaridades mutuas. Fue muy difícil, pero fue posible.

C.S.: Para cerrar nos gustaría saber de qué te sentís orgullosa en la vida y cómo te definirías como mujer.

A.F.: ¡Qué difícil esa pregunta! Creo que de la coherencia me siento orgullosa. De los caminos que he ido escogiendo, que

todos tienen un sentido. Y que espero haberlos transmitido a aquellos que amo: mis hijos y mis nietos. Y además, me siento orgullosa de lo que hice en la docencia y en la investigación. De lo que estoy haciendo. Me gusta trabajar con jóvenes, me devuelven un espejo precioso, siempre estoy aprendiendo. Esa tarea me da mucho placer y orgullo. El ida y vuelta, del pensar juntos, del construirnos.

C.S.: ¿Cómo te definirías?

A.F.: Como lo que ves o percibís (risas). Pienso que debe haber muchas definiciones de mí. Algunos no deben quererme nada, no me preocupa. Yo espero que haya muchos que no me quieran (risas). Pero pienso que hay mucha gente que sí me aprecia, que le gusta trabajar conmigo y a mí me gusta trabajar con ellos. Debe haber muchas versiones, como de todas las personas, y creo que eso es bueno. No tengo una imagen que podría decirte “creo que soy esta”. Trato de ser honesta conmigo misma, de no traicionarme.

Pate Palero: Nos vamos a inicio de los '70. ¿Cómo empieza tu militancia en relación con los Derechos Humanos? ¿Y cómo, a partir de esa militancia, comienza una reflexión sobre lo que tiene que ver con el hábitat y las mujeres?

A.F.: Tu pregunta encierra varios momentos. Uno es el de los '70, que va a preceder al tema de Derechos Humanos y que es mi militancia, el compromiso político en la Universidad con los movimientos de izquierda. Los años de la contienda, de los sueños, de la utopía de transformación, de cambio.

Este compromiso que asumí me llevó al exilio, un período en el que mi hermano fue secuestrado y desaparecido. Ya estando fuera de Argentina me propuse contrarrestar el mensaje de Videla, quien proclamaba que “los argentinos somos derechos y humanos”, e inicié un recorrido que me llevó a distintos países: primero a Buenos Aires, luego a Brasil, a Holanda y finalmente a Ecuador.

En ese periplo la defensa de los derechos humanos se convirtió en el centro de mi preocupación. Empecé a aprender de nuestra América Latina, sobre todo en Brasil, y sobre los derechos de las mujeres, en Europa. En los años ‘70 teníamos muy postergados estos temas, pensábamos que la revolución iba a transformar las relaciones, los vínculos personales y la concepción de qué es ser mujer y hombre en la sociedad. Fuimos descubriendo con mucho dolor que no era así.

Empecé a aprender sobre los derechos de las mujeres, y por qué plantearlos como distintos. Fue casi a inicios de los ‘80 que empiezo a tener una militancia, llamémosle, “feminista”.

Al final de mi exilio trabajé en Ecuador como técnica de la cooperación holandesa, colaborando con comunidades indígenas en la Amazonía durante más de tres años. Allí lideré un proyecto innovador que promovía la explotación consciente y sostenible del bosque amazónico y ayudé a establecer cooperativas de vivienda y producción de madera. Este esfuerzo culminó en la creación de una ciudad indígena que continúa existiendo en la región.

P.P.: ¿Cómo se llama?

A.F.: Ciudad Indígena del Puyo¹. Puyo es la ciudad de la Amazonía ecuatoriana donde trabajábamos con un alcalde socialista.

La cooperación holandesa contribuía con proyectos y trabajos de desarrollo.

Y allí se hizo presente, se hizo consciente, se corporizó esto que me venía preocupando. Y se corporizó, y se hizo consciente en vincular los derechos de las mujeres a los derechos del hábitat, a los derechos de la tierra, de la vivienda. Porque estas mujeres de la Amazonía, que eran colonas, no indígenas (hay unas diferencias sobre las que no vamos a profundizar ahora), tenían sus hombres en el medio de la selva. Porque estaban las explotaciones de la Shell. Entonces a los hombres los llevaban en avionetas al medio de la selva, a las exploraciones y a las explotaciones que hacía Shell. Y las mujeres quedaban solas. Los hombres venían cada mes, o cada dos meses, o cada tres meses por un período, a quedarse con sus familias.

A partir de esto, y en ese trabajo con esta cooperativa de vivienda, yo fui dando sentido pragmático a las elaboraciones más intelectuales.

1 - El proyecto se desarrolló con ALAHUA, Asociación Latinoamérica para el Mejoramiento del Hábitat, el Urbanismo y la Arquitectura, que en 1978 que trabajó con la Confederación Nacional de Pueblos Indígenas del Ecuador, en la Amazonia ecuatoriana y en la ciudad del Puyo con el gobierno local y la cooperativa AITAP, en proyectos comunitarios. Uno de vivienda con tecnología de madera, y el otro, de diseño, construcción y puesta en marcha de un Centro de Componentes de Madera de la OPIP, (Organización de Pueblos Indígenas de la Provincia de Pastaza), en la ciudad de Puyo y de la Sede del Centro de Capacitación en Unión Base a 12 Km de Puyo, ambos en madera, con un sistema prefabricado y tecnología, premiados nacional e internacionalmente. (Peralta, Evelia: “Experiencias de Capacitación para Mejorar el Hábitat y la Vivienda de Interés Social”).



P.P.: Desde ese germen ¿cómo llegamos a la Red Mujer y Hábitat? Quizás en ese momento era algo muy lejano...

A.F.: Yo en esos años y desde Ecuador empiezo a militar muy activamente con la Coalición Internacional de Hábitat (HIC)², que es un conjunto de Organizaciones No Gubernamentales, de expertos que están trabajando alrededor de los temas que hacen a la pobreza y el hábitat. La producción social del hábitat, el derecho a la vivienda. Estamos en el momento en que acababa de tener lugar la primera Conferencia Mundial de Hábitat³. Y

2 - Habitat International Coalition (HIC) es la red mundial de derechos relacionados con el hábitat. A través de la solidaridad, la creación de redes y el apoyo a movimientos sociales y organizaciones, HIC lucha por la justicia social, la igualdad de género y la sostenibilidad ambiental. También trabaja en la defensa, la promoción y la realización de los derechos humanos relacionados con la vivienda y la tierra tanto en zonas rurales como urbanas.

3 - Hábitat I fue la Primera Conferencia Internacional de la ONU en la que se reconoció plenamente el desafío de la urbanización. Tuvo lugar en 1976 en Vancouver (Canadá).

nosotros salimos a contestar esto, a plantear aquello de lo que no se hablaba. En ese ámbito de la Coalición Internacional del Hábitat me conecto con unas inglesas que estaban en Jamaica, en Centroamérica; con una chilena exiliada (Marisol Dalmazzo) que estaba en Colombia. Empezamos entre nosotras, dentro de HIC que tenía un empuje y una fuerza muy grande, latinoamericana, que tenía que ver con este contexto político. Te estoy hablando de inicios de la década del '80. Entonces es en ese ámbito de la Coalición Internacional del Hábitat donde se empezó a gestar y co-fundamos (la colombiana, una francesa que estaba en Colombia, y yo misma), la Red Mujer y Hábitat.

P.P.: ¿Por qué en la ciudad?

A.F.: A ver... Pate, ¿vos tenés hijos?

P.P.: Si, un varón y una niña.

A.F.: Y, ¿has criado hijos?

P.P.: Claro.

A.F.: Y, ¿vos crees que los roles de las mujeres y de los hombres, en la tarea de reproducción, de la crianza, y el cuidado, la especie humana; son iguales para hombres y mujeres? Por más maravillosos compañeros que tengamos.

Yo creo que esta es la pregunta, no para responderla. No es mi interés pedirte que la respondas. Sino para colocarla a tu audiencia. Creo que lo que tenemos que preguntarnos cotidianamente es cuántas horas tiene el día para una mujer, y cuántas horas tiene el día para un hombre. Y en qué ocupa el hombre esas horas, primordialmente; y cuántas tareas en simultáneo atendemos las mujeres, sobre todo cuando entramos a la etapa reproductiva.

Esta diferencia está marcando, en el territorio también, una situación distinta, porque necesitamos tener guarderías infantiles cerca, accesibles en costos, accesibles en distancia, que tengan buen nivel, que nos den seguridad para dejar a los niños. Necesitamos un centro de salud próximo, abierto las 24 horas...

Son temas que se cruzan, Pate. Una cosa es la ciudad, el territorio, las necesidades que la ciudad interpreta o reinterpreta, ofrece o niega, a la ciudadanía. Pero las mujeres somos distintas de los hombres, por una construcción cultural, no por esencialismo. No es que seamos ni mejores ni peores que los hombres. Pero debe haber una mirada que tiene que decir dónde están las mujeres. Porque en cualquier política sectorial -sea de la ciudad, sea de salud, sea de educación- las mujeres o las niñas son sujetos, en general, omitidos, no visibilizados.

P.P.: Y esta mirada fue incorporada e instalada en Córdoba por CISCOSA, una organización muy querida para vos, de la que recientemente has vuelto a ser su directora. Contanos cuál es el trabajo de CISCOSA.

A.F.: Cuando volvimos del exilio con mi marido y mis hijos, Córdoba no era mi ciudad, yo soy tucumana... Volví después del exilio a Córdoba porque mi marido era un porteño renegado, no quería vivir en Buenos Aires por los chicos. Y yo decía por qué Córdoba, no conozco a nadie, una sociedad que desconozco.

Y cuando llegué, empecé a hablar de estos temas. Tuvimos el segundo Encuentro de Mujeres acá en Córdoba. Yo rápidamente me sumé a la organización, al Comité Organizativo de este Encuentro. Y empezamos con muchas cordobesas que fui conociendo, a tejer vínculos. Y ahí yo empecé a plantear el tema de mujer y hábitat. Nadie entendía muy bien de qué estaba hablando.

Pero, dicho esto, vuelvo a tu pregunta. Porque las cosas no son parcialidades, están vinculadas. Y, con mi marido, comenzamos CISCOSA. Este Centro de Intercambio y Servicios para el Cono Sur.

Yo puse el tema de género en esa agenda de CISCOSA. Y finalmente fue el tema que creció, que se consolidó, que le dio el sentido a la ONG, que le dio el reconocimiento no sólo en Córdoba, sino en el país, en América Latina, y diría también más allá de América Latina. Con un trabajo muy sólido, con equipos. Tendría que nombrar a todas las personas que han transitado, construyendo a CISCOSA. Pero no puedo dejar de nombrar a Liliana

Rainero⁴, mi socia, mi colega, mi compañera que después estuvimos muy orgullosas de que ocupara el lugar de Coordinadora del Programa de Género en la Universidad. Y mucha gente que salió de esta cantera que fue y sigue siendo CISCOSA.

P.P.: Veníamos hablando de la incidencia que tuvo CISCOSA a nivel local, nacional, e internacional; de alguna manera, ¿hay alguna relación entre esa incidencia y tu llegada a lo que hoy es ONU Mujeres, que en ese momento era UNIFEM?

A.F.: Si, claro. Obviamente que sí. Vuelvo a insistir: yo creo en lo colectivo, profundamente. Creo también en los roles individuales. No vamos a diluirlos, a desdibujarlos. Y nosotros, desde CISCOSA, apostamos mucho al tema de las políticas. Entendíamos que la democracia nos permitía incidir en las políticas para transformarlas, para mejorar la calidad de vida de las personas y en particular de las mujeres. Desde este debate, entramos a muchos debates regionales. Estábamos en todo este debate porque entendíamos que la política local, es la que define la planificación de la ciudad. Entonces nos interesaba este vínculo entre las autoridades locales, los técnicos locales, los funcionarios, las decisiones. Esto nos lleva -y me reinserta a mí en particular-, a un panorama regional latinoamericano. En esa etapa, años '90, viene el proceso hacia la Cuarta Conferencia Mundial de la Mujer

en China, en Beijing⁵. Y en ese proceso nosotros participamos muy activamente. Tan activamente (por estas razones que rápidamente te dí un pincelazo) que yo soy propuesta como co-coordinadora del proceso de América Latina y Caribe, hacia la Conferencia. La lidera políticamente Virginia Vargas Valente, una peruana y querida amiga.

En ese proceso, que fue tensionante, muy difícil, con mucha controversia. Nosotras éramos para muchas feministas de la región las “institucionalizadas”. Hay tantos feminismos como democracias, o como partidos políticos puede haber en la democracia, con distintas miradas, como un caleidoscopio de miradas, de movimientos, que van a reflejar distintas posiciones con respecto a esto que es el feminismo, que defiende la igualdad de derechos y oportunidades para todos y todas. Dicho de manera sencilla para tu audiencia, para muchas éramos las que estábamos defendiendo las instituciones. Por suerte la historia, el tiempo, y estas tres décadas, nos demostraron que no estábamos equivocadas, que era el camino que teníamos que seguir para conseguir mejor legislación, para transformar la política de los estados, para que los estados entendieran que tenían que poner recursos, para que los planificadores urbanos miraran esta planificación desde otro lugar... y podríamos seguir haciendo una lista enorme.

Entonces, este tránsito por el proceso hacia la 4ta Conferencia Mundial de la Mujer en China, me dio la oportunidad

4 - La Arquitecta Liliana Rainero ocupó el cargo de Coordinadora del Programa de Género de la Secretaría de Extensión de la UNC entre los años 2013 y 2016, durante la gestión del Dr. Francisco Tamarit.

5 - La Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing en 1995, marcó un punto de inflexión para la agenda mundial de igualdad de género. En dicha ocasión se consensuó la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing, suscripta por 189 países, que es un documento clave de política mundial sobre igualdad de género.



(fue una preciosa oportunidad) de conocer aún más América Latina, aún más a nivel internacional, otras redes, otras fuerzas, gobiernos. Y también de conocer el propio sistema de Naciones Unidas, que era el que convocaba a esta Conferencia, como a todas las conferencias que tuvieron lugar a fines de los 90 en el mundo, sobre los temas más críticos de la humanidad. Esto me colocó, o nos colocó en un lugar [tal], que en un momento llamaron a CISCESA desde Naciones Unidas, para decir que querían que me presentara a un concurso que había para un puesto de Directora Regional. Y yo dije “de ninguna manera, yo no me voy de Córdoba, yo estoy muy feliz con mi trabajo en CISCESA, con lo que estamos haciendo, con la Universidad, con el CONICET”. Era un momento de mi vida precioso, yo ya estaba como profesora titular en Arquitectura; feliz, con mis hijos empezando la universidad. Imaginate, no tenía ningún interés en moverme. Pero la vida siempre es más rica, en todo proyecto. Entonces, al final, fue

tanta la presión... Uno de los que más me presionó fue mi marido porque él pensaba que yo iba a trabajar menos [risas]... Entonces él tenía también esta ficción, que tenemos muchas personas, de creer que cuando vos estás en un lugar como Naciones Unidas, trabajás menos, hacés la planchita... ¡Nunca trabajé más en mi vida que cuando estuve en Naciones Unidas! [risas].

P.P.: Y todo lo que vas contando, toda esta experiencia, también habla de algo que, me parece, no siempre se visibiliza. Que es toda la producción intelectual del feminismo. Y todo este movimiento nos dejó un concepto que es el derecho de las mujeres a la ciudad, como una categoría política, conceptual... Hablanos un poquito de eso.

A.F.: Yo siempre digo que es teórico y político. Y digo que es teórico porque necesitamos tener herramientas conceptuales, categorías de análisis que

nos permitan visibilizar sujetos omitidos desde siempre, sujetos pensados y mirados como devaluados, como subordinados, como subsumidos en otros. En general subsumidos en el concepto de familia. Como si el concepto de familia explicara a esta diversidad de la población y de la sociedad. Y entonces las mujeres, que somos más del 50%, nunca estamos objetivadas como el sujeto de la demanda y de la política. Y esto reclama y demanda (y se ha avanzado muchísimo) un abordaje teórico-conceptual.

Y digo político porque creo que es el concepto político el que lleva a la transformación. Es un tema político que adquiere voces colectivas tan significativas e importantes como el Ni Una Menos. Para explicarlo de alguna manera. Sólo desde el análisis y la mirada de la construcción política podemos entender estos cuerpos de mujeres como cuerpos políticos, y estas voces colectivas como voces políticas que buscan esa transformación de algo que está naturalizado en la sociedad.

P.P.: Me parece que sería un buen ejemplo hablar de cómo ese concepto atravesó la campaña Mujeres por la Ciudad, que hicieron con la Red Mujer y Hábitat. Con intervenciones públicas...

A.F.: Buenísimo el ejemplo. Lo hicimos en el marco de uno de los proyectos regionales que impulsamos desde Brasilia y que coordiné desde mi puesto -como dicen los brasileros- de “chefa” [jefa]. Entre los trece proyectos regionales, uno se llamó “Ciudades sin violencia para las mujeres, ciudades más seguras para todos y todas”. Con un concepto de inclusión de hombres, mujeres, edades, diversidades de opciones. Pero no sólo eso, sino diversidades

sociales y económicas, porque hablamos del territorio. Nuestros territorios, como es evidente (porque no hace falta mucho análisis conceptual, es evidencia empírica), son territorios fragmentados, territorios de una ciudad que tiene pobreza muy homogéneas, de carencias muy homogéneas; al lado de territorios de riquezas muy homogéneas.

Vos tenés al lado de los countries, que son obscenos en la riqueza que expresan, situaciones de asentamientos que no tienen seguridad de transporte, no tienen seguridad territorial, no tienen iluminación, no tienen servicios básicos, no tienen un dispensario equipado que esté las 24 horas, los taxis no quieren entrar, las señoras tienen que caminar distancias espantosas con un niño con fiebre... Estas cosas que son de público conocimiento, que toda la sociedad conoce, es algo sobre lo cual tenemos que hablar y tenemos que debatir. Entonces, cuando estábamos en este “Programa de Ciudades sin Violencia para las Mujeres; Ciudades seguras para Todos”; llamamos a un concurso público (porque esa también es una forma de afianzar la democracia, todo debe ser a través de concursos públicos, competitivos, abiertos) para diseñar una campaña contra la violencia contra las mujeres. Y este concurso lo ganó una uruguaya feminista que es un talento en la comunicación: Lucy Garrido⁶, con un equipo de comunicadores. Hicimos la campaña de las mujeres en cinco ciudades de América Latina al principio. Después creció a siete, y después creció más. Se multiplicó sola. Se hizo en ciudades que ni siquiera eran parte del Programa. Porque la gente la conocía, se difundió muchísimo, y era una campaña muy sencilla

6 - Lucy Garrido es periodista y publicista feminista uruguaya, integrante de Cotidiano Mujer y una de las coordinadoras de la Articulación Feminista Marcosur.

pero muy conmovedora: unas muñecas blancas, el perfil y la silueta de una mujer en una estructura dura que permitía que se pararan. Fueron colocadas en distintos lugares de la ciudad (por ejemplo, en Córdoba, la hicimos en el campus de Ciudad Universitaria), y quedaba eso ahí. Se anunciaba que la campaña estaba teniendo lugar, pero no se sabía dónde. Y después se hacía la convocatoria para ubicar dónde estaban las muñecas. Y observábamos qué intervenciones habían tenido. Qué había hecho la gente con estas muñecas, espontáneamente.

Bueno, yo no les puedo explicar el horror. La mayoría de las intervenciones (algunas pocas no, por suerte), eran de horror: de clavarles cuchillos, de escribir obscenidades; de todo aquello que Rita Segato tan maravillosamente bien explica -y no me atrevería a tomar su voz- sobre esta necesidad (que seguramente eran grupos) de los varones, del espejo del otro varón para poder posicionarse en su rol de la agresión al cuerpo de las mujeres. Simbolizando en estas muñecas de tamaño natural los cuerpos de las mujeres. No les puedo decir lo que fue Salvador, Guatemala, Méjico...

P.P.: En algún momento CISCOSA propuso trabajar, como Programa de Ciudades Seguras, en Rosario. ¿Por qué en esa ciudad?

A.F.: Muy linda tu pregunta, gracias. Porque, te estoy hablando del año 2006. Rosario tiene una Secretaría de la Mujer, un Programa de la Mujer en el Gobierno Municipal. Porque desde Naciones Unidas, para aplicar este programa, que lo hicimos en siete ciudades de América Latina, teníamos un conjunto de criterios que

nos parecían básicos para poder realmente invertir en un programa que queríamos que tuviera resultados. Para tener resultados vos necesitás tener no sólo la instancia de la gestión gubernamental local. Córdoba no tenía ni tiene nada, hemos batallado mucho para ello. Nos duele profundamente que no se haya hecho en Córdoba. Nos gustaría, queremos hacerlo en Córdoba. Pero no hay interlocución en el gobierno local, de con quién trabajar los temas urbanos desde la mirada de la diversidad de los sujetos sociales y en particular las mujeres.

En cambio en Rosario teníamos un Programa de la Mujer, teníamos una voluntad política del intendente que era Miguel Lifschitz (que después fue gobernador de Santa Fe), teníamos organizaciones sociales muy potentes (que acá también las hay), teníamos organizaciones de mujeres, ONGs de mujeres muy prestigiadas, con trayectoria y compromiso, y que querían asumir estos temas (que acá también tenemos).

Pero existía el factor gubernamental que acá en Córdoba no lo tenemos. Sí existe en Buenos Aires; sí existe en Rosario; sí existe en otras ciudades del país. Con una conciencia política de la importancia de integrar y de colocar recursos en el tema específico de las políticas de género, y la transversalización de la política pública desde esta mirada, desde esta especificidad, desde este dejar de invisibilizar y dejar de omitir sujetos, tan importantes como la mayoría la población que somos las mujeres. Y las mujeres en sus distintas situaciones, atravesadas por lo socio-económico.

No es lo mismo ser una mujer educada, de la clase media, con un ingreso estable, que ser una mujer de los barrios de la política pública del Estado, o de los asentamientos,

del eufemismo de las “villa miseria”, de la informalidad, de la precariedad. No es lo mismo. Hay que cortar por clase, por situación económica, por edades, por opciones sexuales. No es lo mismo ser una mujer travesti que ser una mujer hetero. Tenemos que hablar de estas cosas si queremos profundizar la democracia, mejorar los vínculos.

P.P.: Por eso entonces en Rosario y no en Córdoba...

A.F.: Por eso fue Rosario y no Córdoba. Hicimos un Programa excelente en Rosario. Tuvimos contrapartes fantásticas. Se hizo un protocolo para la Guardia Urbana. Se trabajó con la agenda de los derechos de las mujeres. Trabajaron las mujeres en los barrios, con cordobesas que iban allá a aportar. Todo un equipo, que lo lideraba en ese momento Maite Rodigou, Sole Perez, gente muy comprometida con ese trabajo territorial. Que se hizo fantástico. Que tuvo resultado. Que en algunos casos tiene continuidad hasta ahora.

P.P.: Bueno Ana, venimos hablando de muchos temas, pero me parece que también tiene que ver con algo de lo que has hablado en tu entrevista personal. Venís de una familia con determinados valores, en la que también están incluidos tu hermano Juan, con reconocimiento público...

A.F.: Mi hermano Ricardo, mi hermano Lucho...

P.P.: Por eso también me parecía que era importante hablar de Lucho, cuyos restos fueron recuperados recientemente, y que era un desaparecido de la dictadura...

A.F.: Mira, Pate, todavía me cuesta hablar de Lucho. A mucha gente le puede parecer [extraño]... He hablado muy poco de Lucho. Con Juan, nos juntamos a veces y decimos que nos cuesta hablar. Es como que tenemos un cierto pudor de hablar por alguien que sufrió tanto y que fue tan digno en su sufrimiento.

Lucho era un niño, era un joven, era un estudiante universitario, él estudiaba Historia. Y siempre sentimos, con Juan fundamentalmente, que Lucho de alguna manera pagó por nosotros. Porque nosotros nos fuimos de Tucumán advertidos. Yo fui puesta por mi padre en el tren, en La Estrella del Norte, diciéndome “no volvés, te vas”. Mi padre era un intelectual, un político, un hombre de una ética incorruptible. Un hombre que tuvo los mayores cargos políticos y se murió pobre.

Y Lucho fue secuestrado ese nefasto 14 de septiembre del '76, en la esquina de nuestra casa en Tucumán. Él salía de su trabajo en Gas del Estado. Estudiaba Historia y trabajaba en Gas del Estado. Y salió... los compañeros lo dejaron en la esquina y no llegó nunca a casa. Había treinta metros de distancia. Él tenía 25 años. 25 años recientes.

Lucho era una persona... yo siempre digo que era el mejor de nosotros.

P.P.: ¿Qué lugar ocupaba entre los hermanos?

A.F.: Él era el más chico de los varones.

Después viene mi hermana Liliana que es la más chica de todos.

Y Lucho, siempre digo que era el mejor de nosotros, porque Lucho era carismático, era simpático, era deportista. Jugaba al rugby en Tucumán Rugby. Pero jugaba al fútbol. Y estaba en todas las peñas con Juan, era muy



“pata” de Juan. Yo creo que Lucho admiraba mucho a Juan. A Juan, que era un dirigente político, un tipo siempre tan talentoso mi hermano. Con la guitarra, con la música, con la escritura, con la palabra. Mucho talento. Entonces creo que Lucho tenía una cierta admiración por nosotros que éramos los dos más grandes. Y que éramos los militantes duros.

Entonces siempre nos quedó esa responsabilidad de la desaparición de Lucho, que no podemos repararla de ninguna manera.

P.P.: Sus restos fueron encontrados en el 2016, en Pozo de Vargas. Y, en esas circunstancias, era también un momento especial para vos...

A.F.: Muy especial. Increíble. Cuando los

maravillosos antropólogos forenses⁷, a quienes quiero hacer mi homenaje, porque realmente hacen un trabajo que nadie sabe, un trabajo científico, minucioso, comprometido. De una seriedad, de un profesionalismo, y de un compromiso ideológico con los Derechos Humanos, extraordinario.

Cuando ellos encontraron los restos de Lucho, yo estaba en Suiza, en Ginebra, en una reunión de Naciones Unidas por el tema de violencia y seguridad. Mi hermana menor es la que más siguió todo esto desde Tucumán y le debo mi admiración por esta tarea. Yo estaba entrando al edificio donde había estado en el año '76. [En aquella ocasión] me había ido desde Holanda, por el COSOFAM -que era la Comisión de Solidaridad con Familiares de Desaparecidos en Argentina- a reclamar por la desaparición de mi hermano. Y habiendo trabajado en Naciones Unidas durante casi 10 años, nunca había vuelto a ese lugar. Es increíble.

Yo estaba entrando a ese lugar y pensando “acá estuve reclamando por la desaparición de Lucho”. Y en ese momento me entra un mensaje de WhatsApp de mi hermana que me dice “Ana, recuperaron los restos de Lucho”.

Muy fuerte. Algo que realmente no parecía ser posible. Pero además fue un shock profundo para todos nosotros. Porque a 40 años de la desaparición de mi hermano Lucho, Luis Eduardo Falú, de sólo 25 años, nosotros habíamos ya de alguna manera

7- Se refiere al E.A.A.F (Equipo Argentino de Antropología Forense), es una organización no gubernamental y sin fines de lucro creada en 1984 con el fin de desarrollar técnicas de antropología legal que ayudaran a investigar el destino de las personas desaparecidas durante la dictadura militar. Fueron los responsables de la identificación de cuerpos exhumados en fosas comunes, tumbas anónimas u ocasionales, que permitieron la restitución a sus respectivas familias.



cicatrizado esta herida de la que no se vuelve. Y fue como volver a desgarrar una herida.

Cuando nos entregaron la cajita con los restos de Lucho, era increíble. Era maravilloso, pero a la vez terrible.

P.P.: Hemos recorrido mucho. Y yo te agradezco nuevamente que hayas compartido este recuerdo tan movilizante

A.F.: Es muy fuerte para mí. Perdón, pero es así. Sigue siendo movilizador.

P.P.: Nos parecía importante...

A.F.: Te agradezco porque es para la historia colectiva, es para la memoria.

P.P.: Y, hablando de la memoria colectiva, y que empezamos diciendo que esto nunca es solitario... que estas construcciones nunca son solitarias, que siempre son en un marco de cosa colectiva, de comunidad... has ido nombrando a muchas personas importantes. Pero, por si hubieran quedado nombres de referentes, de referencias... así como decimos que existe esa construcción colectiva, pero hay vidas, hay horas, hay tiempo. Nos parece importante, también, recuperar algunos nombres propios.

A.F.: Te voy a decir algo, casi como dicen en los programas de televisión: “[Esto se lo] dedico a mi mamá y a mi papá...”. Entre las personas referentes de mi vida, las más importantes han sido mis abuelas. Sobre todo mi abuela materna: una mujer cultísima, que hablaba varios idiomas, que era una feminista para esa época. Emilia Alvaca de Baclini. Esa mujer maravillosa que marcó mi vida.

Mi padre, que era un intelectual, un militante político. Que fue preso político. En mi familia siempre alternábamos los presos. Cuando no había un preso radical, había un preso peronista [risas]. Nosotros no teníamos grieta. Y no tenemos grieta. Nos celebramos de pensar distinto. En esta familia tucumana maravillosa, que es mi cantera.

Después, mujeres: Gina Vargas, Maruja Barrig, Vicky Guzmán... podría nombrar tantas. Son las amigas, las colegas, las compañeras, las maestras también. Muchas. Todas con las cuales construyo a diario. Los y las jóvenes. Que son maravillosos. Yo quiero vivir rodeada de jóvenes y jóvenes.

P.P.: Bueno Ana, te agradecemos muchísimo. Todo lo que venís haciendo, has abierto este camino para las próximas generaciones y para nosotras también.

A.F.: Muchas gracias, Pate. Un gusto.



unc
género



*mujeres que
mueven el mundo*